

Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.

Nor.—Reportaos, conde.

Percy.— No:

Acusadme si quereis,
Mi sangre derramareis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
(Con ella el favor comprad.

Nor.—Basta ya.

Crom.— De su aflicción.

Compadecedéos: venid.

Nor.—Sí, vamos.

Percy.— Cromwell, oid.

Cromwell, Cromwell, ¡¡ maldición!!



ACTO QUINTO.

LA TORRE Y EL CADALSO.

PRIMER CUADRO.

Prisión de Ana Bolena en la Torre de
Londres: una mesa con un Crucifijo: al-
gunos papeles sobre ella: puerta al
fondo, que se supone la entrada exte-
rior: puerta á la izquierda, que se supo-
ne el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (apoyada en la mesa.)

¡No dormir, no descansar!
¡Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar!

Calderón.—3

Nada tengo que esperar
 De este mundo, y todavía
 Existe en el alma mía
 La esperanza. ¡Hija del cielo!
 Tú eres mi último consuelo,
 Tú mi so'la compañía.
 ¡Morir! ¡morir! ¡Es tan dura
 Esta palabra! ¡Dios mío!
 ¡Siento al pronunciarla un frío!
 ¡Contiene tal amargura!
 ¿Conque pronto esta hermosura,
 A quien Londres admiraba,
 Que el cetro de oro empuñaba,
 Será en polvo convertida?
 ¿Le diré adiós á la vida
 Cuando todo me halagaba?
 ¡Espantosa situación!
 Siento mi frente abrasada,
 Siento aquí una mano helada
 Que me abruma el corazón:
 ¡Oh jueces! por compasión
 No me debeis descubrir
 Mi sentencia, si á vivir
 No me destina la suerte,
 Que esperar la horrible muerte
 Es muchas veces morir.
 ¡Ay! morir es descansar:
 ¿Por qué temer tal momento?
 No sé: pero es un tormento
 Si se tiene que esperar.
 ¿Y te atreves á quejar
 De tu suerte, Ana Bolena?
 Sufre tú la misma pena

Que otros por ti habrán sufrido:
 Tomás Morrus, tu gemido
 Hoy en mis oídos truena.
 ¡Piedad, piedad, Dios de amor!
 Perdona á esta desgraciada:
 Mirame á tus pies postrada,
 Compadece mi dolor. (Ruido dentro.)
 Llegá alguno: ¡qué temblor!
 Acaso el verdugo....sí:
 Aquí está mi cuello, aquí;
 Mas no me hagais padecer,
 Soy una débil mujer,
 Tened compasión de mí.
 (Se cubre el rostro con las manos, y queda
 así algunos momentos.)

ESCENA II.

ANA, Sir WILLIAMS KINSTON.

Kin.—¡Héla allí: pálida, triste,
 Sin amigos, sin consuelo!
 ¡Cambio espantoso! Del trono
 Bajar al horrible seno
 De esta prisión: la infelice
 No sabe del parlamento
 La decisión: todavía
 Acaso late su seno.
 Animado de esperanza.
 Yo, yo soy el mensajero
 De su sentencia. ¡Dios mío!
 Dame para verla esfuerzo.

Ana.—¡Ah! ¿sois vos, Kinston?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrima; si acaso.....
Hablad: ese aire funesto...
Ese silencio, ¡Dios mío!
Todo lo adivino, ¡cielos!
¿Conque ya no hay esperanza?

Kin.—No, señora.

Ana.— ¡Oh Sér Supremo!

Sostén la flaqueza mía,
Animame: yo fallezco.

(Se sienta.)

Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El cáliz de los dolores.
¡Muerte! ¡muerte! La merezco.
No por lo que se me imputa;
Otros crímenes horrendos
Se han cometido en mi nombre;
No los evité pudiendo.....

Los autoricé. Decidme,
¿Ocupabais ya el empleo
De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomás Morris?

Kin.—Sí, señora. ¡Qué recuerdos!

Ana.— ¿Los visteis?

Kin.— Sí.

Ana.— ¡Desgraciados!

Kinston, ¿no es verdad que debo
Ocupar el mismo sitio
Que antes ocuparon ellos?
¡Dios es justo! Amigo mío,

¿No podré ver á lo menos
A mi hija, á mi triste padre,
A mi hermano, á estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mí será un consuelo
Su presencia. ¡Oh! no es posible
Deciros lo que padezco:
¿Los podré ver?

Kin.— No, señora;

El rey lo ha prohibido. Tengo
Ordenes tan terminantes,
Que nadie puede á los reos
Ver, sin firma del ministro.

Ana.—Hágase en todo, Dios bueno,
Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En expiación. Sir Kinston,
Decid, ¿cuántas horas tengo
Que vivir aún?

Kin.— Señora,
Menos de doce.

Ana.— ¡Oh! qué tiempo
Tan corto! Mi buen amigo,
¿Es el verdugo muy diestro?
Yo necesito tan poco
Para morir; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe más pequeño.
¿No es verdad, Kinston?

Kin.— Por Dios,
No me habléis así, os lo ruego.
Me olvidaba de un encargo,
Señora; un servidor vuestro

Que está preso en esta Torre
Quiere hablaros un momento.
Si lo permitís, al punto
Le vereis.

Ana.— ¿Quién es?
Kin.— Sméton,

Ana.—¿Sméton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi nombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, sir Kinston, deseo
En mis últimos instantes
Tener otros pensamientos.

Kin.—El mis pasos ha seguido:
¡Si vierais con cuánto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere morir perdonado.
Sí, llegad, llegad, Sméton.

ESCENA III.

Dichos. SMETON.

SMETON (se precipita á los pies de la
reina.)

Señora, miradme aquí,
En mis lágrimas bañado:
Quiero morir perdonado,
¡Cuánto, cuánto os ofendí!
¡Oh! perdonad mi flaqueza!

Perdonadme, reina mía,
Si manchó mi lengua impía
Vuestra celestial pureza.
Yo me arrepentí. . . .

Ana.— ¡Traidor!

Os arrepentisteis tarde:

Vos me amabais, ¡ah cobarde!

No conocéis el amor.

¿Y piensan que á mi deber

Por vos hubiera faltado?

¡Ah! si á un hombre hubiese amado,

Más hombre había de ser.

Tomad lección de firmeza

De mis otros servidores;

Elos no serán traidores

Por libertar su cabeza.

A vos reservada estaba

Esta vergonzosa acción.

¿Y es tan débil corazón,

Quien de amarme se jactaba?

¿Cómo en mi presencia os veis

Sin espirar de rubor?

¡Hombre vil y sin honor,

Dejadme, no me insultéis!

Sméton.—¡Perdón, señora, por Dios,

O espiraré á vuestros pies!

Si grande mi culpa es,

Mucho más grande sois vos.

Kin.—Sí, señora, perdonad.

Ana.—Me olvidaba donde estoy,

Y que á comparecer voy

Muy pronto á la eternidad.

Yo os perdono, ¡desgraciado!

¡Cuánto mal me hicisteis vos!
 Perdona mis culpas Dios,
 Como yo os he perdonado.
 Sméton.—¡Ah señora! ¿y es verdad
 Que olvidais la falta mía?
 Es hasta el último día
 La misma vuestra bondad.
 Ya late mi corazón
 Más tranquilo; ya la muerte
 No me es tan dura, y mi suerte
 Sufro con resignación.
 Angel puro, ¿así pagais
 Tanto mal con tanto bien?
 ¡Oh! ¿quién os iguala, quién?
 ¿Y por mi culpa llorais?
 ¡Qué débil, que ingrato fui!
 Y, sin embargo, señora,
 Vuestra imagen seductora
 Era todo para mí.
 Un instante de temor....
 ¡Temor infame! Yo diera
 Mil vidas si las tuviera,
 Por olvidar este error.
 Ana.—¡Pobre Sméton!
 Sméton.— ¿Derramais
 Lágrimas de compasión?
 ¡Oh cuánto á mi corazón,
 Cuánto bien le procurais!
 “¡Pobre Sméton!” ¡Qué palabra!
 Repetidla todavía,
 Y luego la suerte impía,
 El abismo á mis pies abra.
 “¡Pobre Sméton!” ¡Pobre, sí,

Muy pobre, muy desgraciado!
 De una fiebre devorado,
 Siempre gimiendo viví.
 Ana.—Basta, Sméton; olvidar
 Debeis ya lo que pasó:
 Ya nuestra hora sonó,
 En Dios debemos pensar.
 Kin.—Es tiempo ya de partir.
 Sméton.—Por el cielo soberano
 Dadme á besar vuestra mano.
 Ana.—Adiós.
 Sméton.—Ya puedo morir.
 (Váse y Kinston.)

ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presuroso,
 La noche se acerca ya.
 ¡Qué pensamiento espantoso!
 Ya tu luz ¡oh sol hermoso!
 Para mí no brillará!
 Sí, brillará todavía,
 Pero por última vez,
 En la hora de la agonía,
 En que vuela el alma mía
 Ante su terrible Juez.
 Poco tengo que vivir....
 Unas horas ¡oh dolor!
 ¡Morir tan joven, morir!
 ¡Ah! yo no puedo sufrir

Esta idea de terror.
 Tú sólo, Dios de piedad,
 Eres la vida y la luz.
 ¡Ah! es tanta mi maldad,
 Que ni á implorar tu bondad.
 Me atrevo al pie de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

Percy.—Ana.

Ana.— ¿Quién es?

Percy.— ¿Desconocéis, acaso,
 La voz que un tiempo os halagó el oído?

Ana.— ¿Sois vos, Percy?

Percy.— Yo soy, y que he venido
 A veros, Ana, en la hora del dolor.

Ana.— ¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,
 Vos mi juez?

Percy.— ¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:
 ¿Ya no me conocéis? Dios es testigo
 De que he sufrido tanto como vos:

Nombróme el rey porque tal vez pensaba
 Que una venganza vil fuese mi guía.

Yo acepté por salvaros; la voz mía
 Despreciando los riesgos esforcé.

¿Y vos pensáis que el que os amó tan fino,
 El que por vos perdiera su existencia,
 Pudo firmar la bárbara sentencia?

Ana, ¡qué mal, qué mal me conocéis!

Ana.— Percy, ¿es posible? Percy, á quiet
 (un día

Yo desprecié por la ambición cegada!
 Vuestra noble conducta me anonada;
 Miradme aquí cubierta de rubor;
 Digna no soy de afecto tan sublime,
 Abandonadme á mi espantosa suerte.
 Percy.—Jamás, Ana, jamás: la misma
 (muerte

Entibiar no podrá mi corazón.

Cuando sentada en el augusto trono
 Te circundaba el fausto y la alegría;

Cuando en torno de ti todo reía,
 Jamás con quejas tu placer turbé.

Yo triste y sólo en fatigosa vida,
 Horas pasé de amargo desconsuelo;

Siempre invocando en tu favor al cielo;
 Llorando siempre mi perdido bien.

Hoy, que tu dicha se trocó en tormento,
 Y tanto bien en hórrido quebranto;

Aquí está Enrique; enjugará tu llanto:
 Tu llanto es mío, si tu dicha no.

Ana.— Yo no merezco tu piedad, Enrique!
 ¿Qué criminal, qué criminal he sido!

El llanto que mis ojos han vertido
 No aplacará la cólera de Dios.

¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,
 Por esos calabozos he pasado

De Morris y Rochester: he temblado;
 Me pareció escuchar su maldición.

Sus sombras contra mí se alzan airadas,
 Y si á los pies de Dios me precipito,

Parece que oigo un espantoso grito:
 “¡No hay para ti misericordia, no!!...”

Y de mis huesos se apodera un frío

Que hasta en mi corazón mi sangre hiela,
Siento mi frente arder, y todo vuela
En torno mío en vértigo fatal.
Y mil recuerdos en tropel confuso
Hierven tal vez en mi extraviada mente:
Lo pasado se mezcla á lo presente
Sin poder los objetos separar.
Miro un cadalso, un cetro, una diadema,
Y una frente con sangre á un tiempo mis-

(mo.

Un alto trono, un espantoso abismo,
Un regio manto, un mísero ataúd.
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,
Mi razón perderé.

Percy.— ¡Calla, infelice!
Alza tus ojos. ¿Qué, nada te dice
Aquel Dios que por ti murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu razón, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.

Ana.—¿Recuerdas la canción que me can-

(tabas

En el país de Kent? ¡con qué ternura!
¡Yo era entonces tan cándida, tan pura!
Percy.—¡Qué recuerdos, gran Dios!
Ana.— Aquí, aquí están,
Parece que despierto de un gran sueño,
¡Sueño brillante á un tiempo y espantoso!
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,
Aquella dulce paz que antes gocé.
En mi sueño también me parecía
Que era en brillantes himnos celebrada;

¿Pero qué puede compararse, ¡nada!
Con lo que tú cantabas á mis pies?
Ni el incienso que mandan á los reyes,
Con aquellos gratismos olores
Que despedían las hermosas flores
Con que ornabas mi frente virginal.
Yo era entonces hermosa: cuando el aura
De mi semblante separaba el velo,
¿Ves, me decías, ese hermoso cielo?
No puede compararse á tu beñdad.
Percy.—¡Infeliz! ¡A lo menos un instante
Roban á su dolor las ilusiones!
¡Joven desventurada!

Ana.— Estos salones
Son de un palacio: vámonos de aquí.
No, no; son las paredes de una Torre,
De la Torre de Londres; ¡desdichada!
Estoy á muerte, á muerte condenada,
Y mañana, ¡gran Dios! voy á morir.
Percy.—¡Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla!
Al rey veré, y acaso todavía
Esa sentencia revocar podría.
Yo me siento inspirado. Le veré.)
Calma tu agitación, Ana querida,
Abre tu corazón á la esperanza,
Deposita en mi amor tu confianza,
Procuraré salvarte: veré al rey.
Ana.—Será inútil, Enrique; necesaria
A sus nuevos amores es mi muerte;
Ya resignada esperaré mi suerte:
Más tranquila estoy ya con tu perdón.
Ora por mí: por tu virtud acaso,
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento
 Del sacrificio me dará valor.
 ¡Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!
 Por ti sólo tal vez seré llorada,
 Y en mi tumba de todos despreciada,
 Vendrás á orar, amigo, alguna vez.
 ¡Qué injusta fui contigo! ¡Tú me amabas!
 ¡Cómo conozco ahora tu ternura!
 Y tu alma franca, generosa, pura,
 A consolar viene hoy á esta infeliz!
 Percy.—¡Oh si mi sangre por la tuya diera!
 Ana.—No, vive, vive, pues vivir mereces,
 Y á Dios por mi dirigirás tus preees;
 Nunca se olvide tu piedad de mí.
 Nada tengo que darte: ha poco tiempo
 Que estaba de riquezas circundada:
 Hoy me hallo pobre, sola, despreciada...
 Ni un anillo que darte me quedó.
 Guarda ese crucifijo en mi memoria:
 En él está la fecha en que he nacido;
 Tú grabarás aquella en que ha salido
 Esta infeliz del mundo engañador.
 Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,
 Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idola-
 (trada;
 Aquí á tus pies en lágrimas bañada
 Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.
 Percy.—¡Levántate, por Dios!
 Ana.— Amigo mío,
 Bendito seas por tu gran clemencia,
 Tú, sólo tú conoces mi inocencia,
 Libra de infamia á esta infeliz mujer.

ESCENA VI.

Dichos, KINSTON.

Kin.—Perdonad, si á pesar mío
 Vengo á deciros, señor,
 Que es hora de retiraros.
 Ana.—¡Ay! ya el momento llegó
 De perder cuantos objetos
 Aliviaban mi dolor.
 Percy.—No perdais la confianza;
 Todavía espero yo,
 Con el ruego (ó con el oro)
 Sacaros de esta prisión.
 Veré al rey: el cielo acaso
 Dará poder á mi voz.
 Mostraos, ¡oh reina! digna
 Del rango á que os destinó
 El Eterno: El fortifique,
 Señora, vuestro valor.
 Ana.—Nada espero, nada, Percy;
 Pero en este corazón
 Grabadas vuestras bondades
 Estarán, y vuestro amor.
 Adiós, mi mejor amigo,
 Mi ángel tutelar, adiós.
 Percy.—Nos veremos todavía.
 Ana.—En este mundo ya no.
 Percy.—Lo espero, sí, nos veremos.
 Ana.—En la eternidad... ¡¡Adiós!!